

Germán Valenzuela

ORACIÓN.

Acepta, Oh Señora!
el sencillo voto
que en el seno
de tu huérfano aliento
trazan mis manos.
Con murallas de rocío
Encarcela
las fértiles visiones del insomnio,
las pesadillas de la fiebre,
mi extravío y mi risa.
Entre tus ropajes abisales
Ahoga
el Verbo y las palabras,
las que anidan en mis manos,
las que corrompe mi garganta.
Permite que la Sed,
marcándome con su acerado estigma
me haga su acólito
Y cuando no sea más que desierto,
cuando el hálito ciego del alba
recorra
la insensata geografía de las llagas
y las grietas hambrientas.
Podré entender
la secreta nomenclatura
que atesoran mis costillas.
Podré ver Oh Madre Noche!
los secos trazos
del rostro verdadero,
eterno y uno,
que tras la máscara yace.

PASION.

**Respetuoso de la liturgia,
tanto, que en ningún momento aparté mis
ojos
de la corona de espinas que abraza tus
pupilas,
besé la palma de tu mano izquierda,
la palma de tu mano derecha,
y tus pies,
roturando la carne
con un estigma que perdurará por siempre.
Se abrió paso entre tus costillas
mi lengua.
La hiel
ya la habías bebido de mi boca
consciente de que no habría Cielo
luego de esta leve Muerte.**

TRES TIEMPOS

Libres de su pretérita prisión
evocan
vergüenzas ocultas, traiciones,
dolorosas cobardías.

Ebrios de errado porvenir,
de imperfecto futuro,
sus gargantas secas reclaman
fracasos y condenas.

Mientras que yo,
ciego a sus voces,
vuelto de espaldas,
en mi sangre
escribo a gritos que soy
presente,
indicativo instante,
latido y carne.